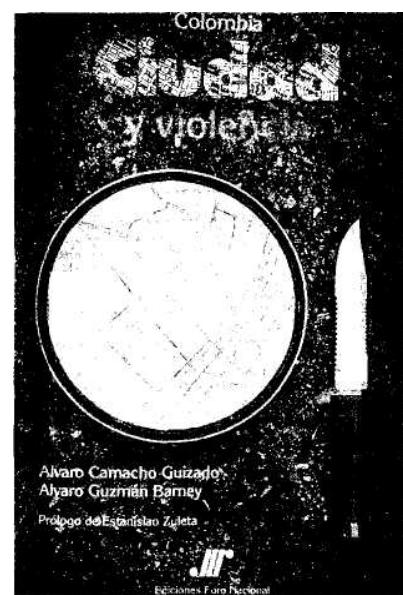


Numerosos investigadores han dado un paso importante hacia la comprensión de un fenómeno tan complejo como lo es la violencia colombiana al abordar dicha problemática desde los más diversos ángulos. Es el caso de los sociólogos Alvaro Camacho y Alvaro Guzmán, quienes con su libro Colombia: Ciudad y violencia hacen, a partir de un estudio cuantitativo de hechos violentos, una reflexión detallada sobre la violencia urbana, especialmente la que se dio durante los años 1985 y 1986 en la ciudad de Cali, uno de los epicentros "de múltiples modalidades de violencia que se han ido generalizando tanto a otras ciudades como a áreas no urbanizadas"

Un primer aspecto que merece ser señalado es la claridad con que los autores rechazan ciertos estereotipos sumamente extendidos en la opinión. Enfatizan, por ejemplo, en que no existe una relación directa entre la pobreza y la violencia: regiones, en efecto, que han soportado durante ya mucho tiempo la más absoluta pobreza no han recurrido, sin embargo, a la violencia; inversamente, otras regiones

económica y técnicamente mucho más avanzadas se han visto envueltas en interminables conflictos violentos. Las consecuencias del rápido proceso urbanístico que se viene dando desde mediados de siglo (aparición de nuevos actores sociales con nuevas reivindicaciones, incapacidad del Estado para responder favorablemente) no pueden tampoco ser catalogadas como factor preponderante para el desarrollo de la violencia en las ciudades. Partiendo de una serie de estadísticas, fácilmente se demuestra que los polos urbanos más violentos son Popayán y Villavicencio, mientras que Bogotá y Barranquilla cuentan con los índices de violencia más bajos. Se rechaza, igualmente, la concepción de una violencia estructural, que tiende a ver en los sectores desfavorecidos los principales perturbadores del orden social. De la misma manera, ciertos conceptos utilizados frecuentemente son puestos en tela de juicio, en especial aquellos que sugieren que el fenómeno de la violencia es algo que predetermina a la sociedad colombiana, como si se tratase de algo totalmente inevitable ("cultura de la violencia", "delincuencia



Camacho Alvaro y
Guzmán Alvaro,
*Colombia: Ciudad y
violencia*, Ediciones Foro
Nacional, 1990.

común"). Se establece, también, una distinción importante entre la delincuencia y la violencia, con lo que se pretende demostrar que esta última no es atribuible únicamente a un "sector social específico", sino que, por el contrario, es todo el tejido social el que se encuentra sumergido en ella.

Por otra parte, se condena aquella actitud maniqueísta —que encuentra tanto eco en nuestra sociedad— y su empeño obstinado por explicar que la mayor parte de los problemas actuales se debe al programa desestabilizador de los grupos guerrilleros. Finalmente, los autores insisten sobre otro aspecto que tiende a olvidarse, pero que es de suma importancia: si hace apenas unos cuantos años el problema de la violencia era considerado casi que exclusivamente como la lucha que oponía la subversión al Estado, más recientemente, pero de manera igualmente errada, se ha llegado a considerar que el principal factor de violencia está constituido por el narcoterrorismo. Visiones demasiado simplistas que contrastan con una enorme complejidad en donde prima la yuxtaposición de innumerables formas de violencia que nos afectan, directa o indirectamente, a todos los colombianos.

Sirviéndose, en múltiples ocasiones, de los informes dados por la prensa, los autores distinguen tres "escenarios" principales en los que se inscribieron la mayoría de los hechos violentos — es decir que implicaron muerte o lesiones— sucedidos en Cali durante los primeros seis años de la década anterior: "acumulación, dominación e intolerancia, y sus antagónicos: supervivencia, rebeldía y exi-

gencia de reconocimiento son dimensiones que configuran campos de conflicto económico, político y social, y que se constituyen en las claves en que podemos fragmentar la estructura social para facilitar la caracterización de las diferentes expresiones y modalidades de violencia".

En el capítulo sobre la violencia económica, los autores se muestran en desacuerdo con quienes sostienen que la pobreza de amplios sectores urbanos genera un más alto índice de violencia. En este sentido, es muy importante señalar que la direccionalidad de la violencia económica proviene, en gran parte, de los sectores dominantes. Es así que los conflictos en torno a la propiedad no son, como suele creerse muy a menudo, unilaterales; es decir, existen los delitos tanto "contra" la propiedad (robos, invasiones, etc.) como "desde" la propiedad (auto defensa, justicia privada, pero también los llamados delitos de "cuello blanco"...). Este tipo de violencia se realiza, por lo general, de manera colectiva y organizada. Estas dos últimas características también se aplican a la violencia política, cuyos principales protagonistas fueron las fuerzas del Estado y el M-19, sobre todo entre 1984 y 1985. Contrariamente a lo que piensa la opinión común, este tipo de enfrentamiento no fue el que arrojó el más alto índice de violencia, pues apenas se acercó al 10% (la misma apreciación se observa en el resto del país). No obstante no deja de ser menos cierto que el conflicto político, a la par con el narcotráfico y la defensa de los privilegios de la riqueza, se ha constituido "en el obstáculo número uno para la

convivencia nacional". Y una vez que el M-19 había demostrado su poderío, la represión oficial no tardó en desatarse, adquiriendo con cierta frecuencia visos de violencia de "limpieza".

Precisamente, uno de los principales escollos encontrados por los investigadores, y que tal vez no es resuelto de una manera muy clara, concierne los límites que se pueden establecer entre los diferentes tipos de violencia: ¿de qué manera se entrelazan lo político, lo social y lo económico? Es evidente que existen ciertas modalidades que obedecen a objetivos sociales; quizás el ejemplo más significativo sea el de las "limpiezas". Se trata de una violencia de la intolerancia ejercida "desde la posición dominante y orientada al mantenimiento de la dominación en la relación social", suscitando la reacción —"violencia de reconocimiento"— por parte de los sectores que se busca marginar. Este tipo de violencia, en el que se registran las tasas más altas de violencia y que se desarrolla en medio de la debilidad del Estado, presenta un gran nivel de organización en la que el sicario aparece como el autor material por excelencia. Los investigado-

res describen el momento en que la intolerancia social golpea con todo su vigor a aquellos que son considerados como un elemento nocivo para el "normal" desarrollo de la sociedad (rateros, homosexuales, prostitutas, basuriegos, vagabundos, etc.), aunque también se dio el caso de una operación limpieza ligada a intereses políticos, en la que amnistiados del M-19 se constituyeron en las principales víctimas. Cabe anotar, igualmente, que esta violencia de limpieza suscitó —excluyendo al Procurador General de la nación— muy pocas protestas por parte de las autoridades como de ciertos sectores de la sociedad.

Si el estudio de la violencia caleña nos permite afirmar que se trata, a semejanza de lo que ocurre en el resto del país, de una situación extremadamente delicada, los profesores Guzmán y Guizado tampoco escatiman esfuerzos para llamarnos la atención sobre la complejidad de las soluciones que se quieran adoptar. En este sentido, el privilegiar las negociaciones eminentemente políticas tiene un límite que no se puede desconocer si realmente se pretende eliminar la mayoría de los conflictos que opone actualmente a los colombianos.

Ricardo Arias

En los últimos años ha progresado entre los arquitectos de nuestro país y de toda la América Latina una suerte de movimiento integracionista que ha permitido estudiar y conocer mutuamente la historia de las arquitecturas de nuestras diversas regiones, sus particularidades, los entrañables lazos que las unen a cada

país y nos unifican en significados y poéticas comunes. Durante la colonia la plata de México y el oro del Perú construyeron edificios que otros territorios, menos ricos, no pudieron siquiera soñar. Tras las independencias, los procesos de modernización marcharon a velocidades diferentes en sitios diferentes y